

A quien corresponda:

No sé quién soy. O mejor dicho, sé quién soy. Lo que no puedo definir es “qué soy”. Si soy el salvador de la humanidad, o su destructor. Durante años consideré que mi trabajo estaba destinado a ayudar a la humanidad, consiguiendo una mejor calidad de vida.

Por si acaso, no voy a dar mi nombre verdadero, solo llámenme Pablo. Tampoco daré referencias reales de mi trabajo. Aunque sí diré que me dedico a la biología y a la medicina. Siempre fueron mis dos pasiones, y mediante mi tarea pude unir ambas en una labor que practiqué gran parte de mi vida. Los descubrimientos que realicé fueron asombrosos, e intimidantes.

Sucedió hace mucho. Era una tarde calurosa y pesada, pero en el confortable ambiente de mi laboratorio, eso no se notaba. Yo me encontraba frente al microscopio cuando lo vi. Observé una estructura celular anómala, casi fantasmagórica, que no se correspondía con nada que hubiese visto con anterioridad. Tampoco pude encontrar ninguna referencia a lo que veía, en ninguna base de datos que consulté, y mucho menos entre mis colegas.

Como en esos días yo atravesaba por un angustioso momento personal, atribuí esta observación a un error de mi parte, producto tal vez de mis problemas. Así que dejé el asunto por unos días, hasta que me sentí mejor. Cuando reanudé mis investigaciones, luego de un período de descanso, observé lo mismo. Sin cambios. No estaba loco ni veía mal. Lo que estaba en el microscopio era algo que nunca había visto.

Lo que tenía en el portaobjetos era una muestra que me habían enviado desde un centro de salud, con el que mi laboratorio mantenía relaciones laborales, y pertenecía a una mujer adulta, que había fallecido en un extraño episodio, que nadie podía explicar. Como se sospechaba de alguna enfermedad no diagnosticada, enviaron varias muestras para ser analizadas. A esa tarea me había abocado cuando observé la anomalía.

La muestra que observaba puntualmente era de sangre. En lugar de ver lo que habitualmente se observa en una muestra de este tipo, ante mis ojos aparecían unos glóbulos de forma irregular, de color marronáceo, que parecían tener vida propia.

Luego de haber pasado por mis problemas, y cuando ya mi razonamiento se encontraba en su curso normal, asumí que se trataba de alguna enfermedad desconocida. Algún patógeno nuevo, de los tantos que aparecían en estas nuevas sociedades expuestas a todo tipo de radiaciones, contaminantes y productos de toda índole, que producían numerosas y escalofriantes mutaciones, especialmente en los organismos pequeños.

Al poco de proseguir con los estudios, determiné que esas cosas no estaban vivas, aunque lo parecieran. Las aislé, intenté cultivarlas, reproducirlas, teñirlas, irradiarlas. Hice todo lo que estaba a mi alcance para poder determinar la naturaleza de la cosa. Todo fue en vano. Nada de lo que hacía me permitía determinar qué diablos era aquello.

Lo que sí encontré es que en todos los tejidos de esta mujer aparecían los odiosos glóbulos, todos similares en tamaño, forma, color y naturaleza. Y todos esquivos a mis análisis, tratando de determinar su naturaleza.

Se me ocurrió analizar si esas cosas poseían ADN. Así que realicé la prueba, y cuando tuve los resultados me estremecí. Tenían ADN, pero era ligeramente diferente al de la mujer. Además, parte del material genético estaba alojado en una cápsula, dentro del glóbulo, con un caparazón de proteína, que me fue imposible determinar. Todo indicaba que me encontraba ante algo nuevo. Las diferencias en el ADN eran mínimas, pero significativas.

Es así que me comuniqué con el centro de salud que me había remitido las muestras, para consultar si aún tenían el cuerpo de la mujer. Me informaron que sí, que como el caso estaba abierto, todavía el cuerpo estaba en la morgue.

Me trasladé hacia el centro de salud, que aunque estaba a gran distancia de mi laboratorio no lo era tanto como para no satisfacer mi curiosidad, y así llevar a cabo una inspección del cuerpo por mí mismo. Una vez que tuve la oportunidad de revisarlo, pude observar las anomalías que se manifestaban, aunque no de una forma muy evidente, en los tejidos, órganos, en toda la anatomía, especialmente en el cerebro. En definitiva, había cosas inexplicables en esta mujer. Y no pude conseguir nada claro de los informes previos. Aparentemente, el médico forense estaba tan desconcertado que decidió no proseguir adelante hasta tener mi opinión.

Obtuve el historial de la mujer y pude observar que la misma había llevado una vida bastante agitada: activista ecológica, feminista declarada, participante en marchas, protestas, grupos de agitadores. Tenía antecedentes policíacos por provocar disturbios, destrucción de propiedad privada, ataques a las personas, especialmente uno en el que había esparcido excremento en la cara de algunos fieles que concurrieron a un servicio religioso.

En cuanto a su historia médica, todo indicaba que padecía, al menos desde los 10 años, de problemas, aparentemente psiquiátricos. Había estado internada dos veces en clínicas especializadas, por no más de seis meses en cada oportunidad, y había salido igual, o peor, que cuando ingresó, en ambas ocasiones mediante fuga.

¿A dónde me llevaba todo esto? No lo sabía en su momento. Pero con el tiempo, pude ver que no era la única. En pocos días, casos como el de esta mujer empezaron a ser cada vez más comunes. Y no sólo se limitaba a mujeres. También empecé a recibir muestras de tejido de hombres que tenían similares características. Todas las muestras procedían de la misma zona, de dos centros de salud específicos. Nadie sabía qué pasaba, y yo era el único que empezaba a vislumbrar la respuesta.

A solo dos meses de comenzar con estas investigaciones, se produjo una revuelta sangrienta frente a uno de los centros de salud, el que me envió las primeras muestras. La revuelta pronto devino en una guerra declarada, entre activistas feministas y la policía. Algunas exaltadas llegaron a colocar bombas dentro y fuera del establecimiento, las hicieron explotar, y todo el centro de salud voló por los aires, junto con todas las evidencias que ahí se encontraban. Y sus empleados...

Por lo que informaron los medios, en ese lugar supuestamente se violaban normas laborales, por cuanto las mujeres no tenían los mismos derechos que sus colegas varones, y aparentemente esa fue la razón de la revuelta. Murieron cinco policías, doce activistas, y todo el personal de la clínica, atrincherado en su interior, y que fueron víctimas de las explosiones. Nadie de la clínica quedó vivo para contarle.

